

# HEGEL

## CONSERVADOR REVOLUCIONARIO

Por ALFRED STERN

EL año 1770 fue una época memorable en la historia de Alemania y del mundo total de la cultura. En aquel año Alemania hizo regalo a la humanidad de dos grandes revolucionarios: Beethoven y Hegel. Beethoven revolucionó la música de su época, creando el nuevo estilo de la sinfonía, tal como se ha desarrollado en los últimos ciento cincuenta años. Beethoven fue consciente de su papel revolucionario, no solamente en la música, sino también en la política. En una carta a su adorada amiga Bettina Brentano de Arnim de julio de 1812 describió el gran músico cómo encontró, durante un paseo, acompañado de Goethe, en un balneario de Bohemia, a la familia imperial austriaca. Mientras Goethe se puso al borde de la calle, inclinándose hondamente, Beethoven describe como él mismo marchó adelante de brazos cruzados, el sombrero en la cabeza, a través del grupo imperial, de manera que el emperador, la emperatriz y sus hijos tuvieron que cederle el paso. Y el creador de "Las criaturas de Prometeo" añade: "Los reyes y los príncipes pueden crear . . . altos dignatarios, pueden otorgar títulos y condecoraciones, pero no pueden crear hombres grandes, . . . y por esto deben respetarnos a nosotros. Cuando se encuentran con dos hombres como yo y Goethe,\* estos señores deben darse cuenta de lo que, en-

---

\* A pesar de que Beethoven tenía 21 años menos que Goethe, se nombró siempre primero.



tre nosotros, puede ser considerado como grande...".<sup>1</sup> Beethoven no fue solamente un revolucionario, sino también un rebelde.

En cuanto a Hegel, su relación con la revolución es mucho más compleja. Porque este hombre, cuyo pensamiento revolucionó la lógica y la filosofía de la historia y que, en la retrospectiva histórica se revela como un antecesor espiritual de la revolución bolchevique rusa y del comunismo internacional, fue un archiconservador y un ultranacionalista alemán.

La enorme influencia de Hegel en el pensamiento contemporáneo se entiende, pero también sorprende; porque este gran filósofo explicó sus imponentes ideas en un lenguaje terriblemente pesado y difícil, aún más difícil que el de Kant. Se diría que este lenguaje fue en parte el de sus alumnos que redactaron las notas tomadas en los cursos universitarios del maestro. Pero el alemán de las obras personalmente escritas por Hegel —como *Die Phänomenologie des Geistes* (La fenomenología del espíritu)— resulta todavía más indigestible. Las ideas de Kant eran claras, bien definidas, lógicas, y por esto encontraron una expresión racional, aunque innecesariamente complicada. Las ideas de Hegel, por el contrario, sufren muy a menudo de una falta de claridad y están envueltas en esta "luminosa bruma intelectual" que, según una observación sarcástica de Mark Twain, reemplaza la claridad entre los alemanes. Se cuenta un chiste según el cual Hegel dijo en su lecho de muerte: "un solo hombre me ha comprendido". Pero después de un momento de reflexión añadió: "Y ni siquiera éste me ha comprendido."

Quizás es también por su falta de claridad que el pensamiento de Hegel queda expuesto a tantas interpretaciones divergentes que cada cual en la filosofía contemporánea cree encontrar sus ideas en el sistema de Hegel: los partidarios de la monarquía autoritaria y del estado totalitario así como los revolucionarios socialistas; los teólogos luteranos y los naturalistas ateos, los capitalistas, los fascistas y los comunistas, los existencialistas y sus adversarios esencialistas —todos consideran a Hegel como el padre de sus ideas. Tres de los movimientos más poderosos en la filosofía contemporánea europea se basan abiertamente en la filosofía de Hegel: el materialismo dialéctico marxista-leninista, que es la filosofía oficial de la Unión Soviética y de la China roja; la filosofía de los idealistas italianos, Benedetto Croce, Giovanni Gentile y sus discípulos; y el existencialismo francés de Jean-Paul Sartre.

---

<sup>1</sup> W. A. THOMAS-SAN-GALLI, *Beethovens Briefe an geliebte Frauen*, Leipzig, S. 45.



El conservadorismo de Hegel se manifestó en sus ideas sobre la política, la historia, la economía y el derecho, que expresó durante los años de su madurez. Su orientación revolucionaria no está tan sólo implicada en su método dialéctico, sino también en las ideas de su juventud, que nunca murieron totalmente en su mente, y que se manifestaron también durante sus años maduros, cuando interpretó la revolución francesa.

El análisis de Hegel conservador y aún reaccionario podría llenar volúmenes. Nos limitaremos a mencionar unos cuantos hechos. La propiedad, dice Hegel, es la esfera externa que la voluntad se da a sí misma. Declarando que sin propiedad no hay persona, Hegel demostró que estaba muy lejos del socialismo de sus discípulos Marx y Engels. En este respecto el autoritario Hegel se hallaba mucho más cerca del liberal John Locke, cuya influencia sobre la teoría del capitalismo occidental es bien conocida. El liberal Locke declaró que las gentes que no tienen propiedad no pueden ser consideradas como ciudadanos. "*Where there is no property, there is no injustice*"<sup>2</sup> —declaró el liberal inglés, expresando su legalismo puramente capitalista. En este respecto no se distingue del reaccionario Hegel.

En su filosofía del derecho Hegel enseñó que mediante el castigo la justicia refuta la injusticia y se restaura a sí misma. El castigo trata al criminal según la misma regla que él ha usado en sus actos criminales y lo honra, reconociendo su razón, que estuvo a punto de abandonar. Así, según Hegel, el criminal tiene el *derecho* a ser castigado, como un *honor* y reconocimiento de su razón. Sin embargo, dudo que haya muchos criminales que reclamen tal derecho y honor.

Los juristas modernos están de acuerdo con la tesis de Séneca, que la única justificación de la pena legal es la de ser un medio para proteger a la sociedad humana contra crímenes futuros. Séneca escribió: *Nemo prudens punit quia peccatum est, sed ne pequetur* —ningún hombre prudente castiga porque un crimen haya sido cometido, sino para que no vuelva a cometerse en el futuro. Sin embargo, la doctrina de Hegel rechazó esta concepción liberal del castigo como un *medio* para la protección de la sociedad y lo consideró como un *fin en sí*: el de la solemne reafirmación del principio violado de la justicia que, transitoriamente derrotado por el crimen, triunfa bajo la forma de la penalidad. En esta autoglo-

---

<sup>2</sup> J. LOCKE, *Treatise on Govt.*, Book IV, Chapt. III, Sect. 18.



rificación de la justicia el penitente es solamente un instrumento involuntario.

En su *Filosofía del derecho* acuñó Hegel su famosa afirmación de que “el buho de Minerva levanta vuelo solo cuando se congregan las sombras de la noche”.<sup>3</sup> Solo *post festum*, después del suceso, puede comenzar la filosofía su erudita tarea de interpretación. Por eso llega siempre “demasiado tarde” para influir sobre el curso de los acontecimientos.

Mediante estas opiniones el ultraconservador Hegel quería desalentar a los jóvenes entusiastas seguidores de las ideas filosóficas modernas que aspiraban a cambiar las realidades políticas de la monarquía absoluta de Prusia. También sus palabras célebres “*was vernünftig ist, das ist wirklich, und was wirklich ist, das ist vernünftig*”<sup>4</sup> —lo que es razonable es real y lo que es real es razonable— tenían el mismo propósito. Ya que su metafísica consideraba al mundo como la evolución del pensamiento lógico, Hegel tuvo que concluir que lo que ha podido realizarse era también lógicamente necesario. Puesto que la monarquía prusiana *fue* tal realidad, tenía que ser razonable. Siendo real todo lo razonable los jóvenes alemanes no deberían tratar de realizar cosas irreales: ideales políticos. El ministro de Educación nacional de Prusia, Karl von Altenstein, había llamado a Hegel como catedrático a la nueva Universidad de Berlín en 1818, precisamente para que curara, mediante tales enseñanzas, a los estudiantes alemanes de su fiebre revolucionaria, cuyos gérmenes los vientos de la revolución francesa habían traído de París a Berlín.

Es gracias a su conservadorismo que Hegel se convirtió así en el “filósofo del Estado prusiano”, a pesar de no haber sido prusiano sino alemán del sur y de haber descrito anteriormente a Prusia, en una carta privada a un amigo, como “una mancha de tinta en el cuadro luminoso de Alemania” —“*ein Tintenkleck im Lichttableau Deutschlands*”.

Al final del siglo diecinueve Friedrich Nietzsche escribió un capítulo de su libro *Así hablaba Zaratustra* bajo el título “*Vom neuen Götzen*”, “Del nuevo ídolo”, donde dijo: “¿Estado? ¿Qué es eso? ... Estado se llama al más frío de todos los monstruos fríos. Miente también fríamente, y he aquí la mentira rastrera que sale de

<sup>3</sup> G. W. F. HEGEL, *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, Stuttgart, 1928, pág. 37.

<sup>4</sup> *Ibid.*, VII, p. 33.



su boca: "Yo, el Estado, soy el Pueblo".<sup>5</sup> Con estas palabras sombrías Nietzsche advirtió al venidero siglo veinte sobre el nuevo ídolo, el Estado, hijo de la filosofía hegeliana, cuyo poder no ha cesado de crecer en los últimos cincuenta años.

Se dice que Hegel ha divinizado al Estado, y esto no es una metáfora. Para él el Estado fue una divinidad. Fue "la marcha de Dios sobre la tierra" o el "Dios presente" —a pesar de que el Estado no es o está nunca presente sino siempre representado por unos individuos humanos. Para Hegel el Estado fue un propósito en sí y los individuos fueron sus medios, a pesar de que nosotros, los liberales, consideramos al Estado como un medio, cuyo propósito es el bienestar de los ciudadanos, los individuos. Sin embargo, en su *Filosofía de la historia* Hegel rechazó el liberalismo, considerándolo como un "principio atómico". A este "agregado de átomos volitivos" que fue para él el Estado liberal, Hegel opuso la "nación-individualidad"<sup>6</sup> precursora del Estado totalitario, realizado por el fascismo y el nacional-socialismo.

Rousseau estableció la diferencia entre la "*voluntad general*" (*la volonté générale*) y la "*voluntad de todos*" (*la volonté de tous*). "La primera —dice— se relaciona únicamente con el interés común: la segunda concierne al interés privado, y no es más que una suma de voluntades particulares".<sup>7</sup> Pero mientras Rousseau todavía admitía que "además de la persona pública tenemos que considerar a las personas privadas, independientes de ella",<sup>8</sup> Hegel, el gran abogado de la soberanía del Estado, manifestó abiertamente: "Lo que se requiere en un Estado es la práctica de actuar en conformidad con una voluntad general y adoptar propósitos generales. Incluso en un Estado tosco hay sujeción de una voluntad a otra. Esto no significa, sin embargo, que el individuo no tenga voluntad propia, sino que su voluntad particular no cuenta. Los caprichos y las apetencias carecen de valor".<sup>9</sup>

En otro pasaje declara Hegel: "Lo particular, con la mayor frecuencia, tiene demasiado poca importancia en comparación con lo general: los individuos son sacrificados y abandonados".<sup>10</sup>

<sup>5</sup> F. NIETZSCHE, *Also sprach Zarathustra*, I, p. 69.

<sup>6</sup> G. W. F. HEGEL, *Philosophie der Weltgeschichte*, ed. Lasson, II, 924, 927, 933.

<sup>7</sup> *Oeuvres complètes de J. J. Rousseau*, Paris, 1828, t. II, p. 147.

<sup>8</sup> *Ibid.*, t. II, p. 149.

<sup>9</sup> G. W. F. HEGEL, *Die Vernunft in der Geschichte*, ed. Lasson, S. 92.

<sup>10</sup> G. W. F. HEGEL, *Sämtliche Werke*, ed. Glockner, t. XI, S. 63.



Hitler actuó de acuerdo con estos principios.

Mientras para Hegel el Estado es la fuente de todos los valores éticos, (“todo el valor que un ser humano posee... lo tiene solamente a través del Estado”), el Estado mismo está por encima de todos los valores éticos. “El Estado —escribió Hegel— es el Espíritu absoluto, seguro de sí mismo, que no reconoce ninguna regla abstracta del bien ni del mal, de lo vergonzoso y de lo vil, de la astucia y del engaño”.<sup>11</sup>

Se ve que Hegel ha estudiado bien a Platón, que en su *República* había reservado el derecho de mentir a los gobernantes, prohibiéndoselo a los ciudadanos.<sup>12</sup> Este dualismo de las éticas —la una para el Estado y sus gerentes, la otra para el vulgo —se repite en la doctrina hegeliana de los grandes líderes políticos y militares que plasman la historia.

“La historia universal —escribió Hegel— se mueve en un nivel superior del que es propio a la moral; esta última incluye las convicciones privadas, la conciencia individual, la voluntad y el modo de actuar particulares... Lo que el objetivo final en sí mismo del Espíritu requiere y realiza, lo que la Providencia lleva a cabo, está *por encima* de las obligaciones y compromisos que incumben a los individuos en relación con su ética... Así, las hazañas de los grandes hombres, protagonistas de la historia universal... aparecen justificadas...”<sup>13</sup>

Los grandes líderes de la historia, al ejecutar la voluntad del Espíritu del Mundo y contribuir de este modo al progreso necesario, a la evolución de la Idea absoluta, se hallan, según Hegel, por encima de la moral. Incluso se burla de los que aplican a tales hombres patrones morales. En mi opinión, Hegel pone al lado de la famosa “suspensión teológica de la ética” de Kierkegaard, lo que puede denominarse una *suspensión histórica de la ética*. En esto tuvo también importantes discípulos en el siglo veinte, por ejemplo Hitler, Mussolini y Stalin. Mao Tse-Tung no es tampoco un mal hegeliano.

Según Hegel, la historia se mueve del Este al Oeste. El oriente escribe, sabía y todavía sabe que un solo hombre es libre, —el déspota. El mundo greco-romano supo que algunos hombres son libres; “sólo el mundo alemán sabe que *todos* los hombres son libres.” La primera forma política que observamos en la historia

<sup>11</sup> G. W. F. HEGEL, *System der Sittlichkeit*, S. 17.

<sup>12</sup> PLATÓN, *La República*, III, 389.

<sup>13</sup> G. W. F. HEGEL, *Sämtliche Werke* (Glockner), t. XI, S. 105.



es, pues, el despotismo oriental, la segunda la aristocracia y democracia greco-romana, y la tercera la monarquía alemana.

Hegel tuvo la osadía de afirmar que sólo la monarquía germana era la realización de la idea que todos los hombres son libres. Ya que, según su doctrina, la historia universal es el “progreso en la conciencia de la libertad,” y que sólo los alemanes logran esta condición ideal en la cual todos los hombres son libres, resulta que la raza alemana es la “elegida final” del espíritu del universo.

Todo esto se entiende muy bien cuando uno recuerda que al concebir su filosofía de la historia Hegel era catedrático de la Universidad de Berlín, y recibía su salario del Gobierno Real Prusiano. En esa época Prusia era una monarquía absoluta. En consecuencia, Hegel demostró “racionalmente” y *a priori*, que la monarquía prusiana era la más perfecta forma de gobierno. No enteramente satisfecho con esta proeza, Hegel llegó a afirmar que la monarquía prusiana, con su religión luterana oficial, era el fin de toda la evolución de la historia universal. En el rey el poder administrativo y el poder legislativo realizan una unión personal. De acuerdo con Hegel el Estado es tan solo una “abstracción” si no es representado por un rey o emperador. Así, Francia y las repúblicas americanas no eran más que “abstracciones”.

Si uno examina el concepto hegeliano de “libertad”, cuyo progreso constituye, pretendidamente, el sentido de la evolución histórica, se revela en toda su pobreza lastimosa. “El ser libre —dice Hegel— es el que puede tolerar la negación de su individualidad” Y: “El individuo obedece las leyes y sabe que su libertad consiste en esta obediencia.” La libertad se reduce, pues, para Hegel, a una libertad de obedecer. De hecho, Oswald Spengler declaró abiertamente que para los alemanes la libertad *puede y debe* ser tan sólo una “*libertas oboedientiae*”.

Como declaró el filósofo alemán Fries, la teoría del Estado de Hegel “no había brotado en los jardines de la ciencia, sino en el estercolero del servilismo”.

Abandonemos ahora al Hegel conservador y ocupémonos del Hegel revolucionario. Hubo una época en la vida de Hegel cuando la llama de la revolución quemaba ardientemente en su alma. Tenía diecinueve años al estallar la revolución francesa. Dedicándose a estudios teológicos en la Universidad de Tübingen, Hegel vivía en el convento donde se encontraba el seminario de teología. Pero ni siquiera aquel lugar sagrado ofreció protección contra el contagio revolucionario y el espíritu de rebelión que sopló del otro lado del



Rin. Los estudiantes del seminario de teología protestante de Tübingen formaron un club en el cual se leían y discutían apasionadamente los escritos de los enciclopedistas, las actas de las sesiones de la Asamblea Nacional de París y los comentarios de la prensa francesa. Hegel y Schelling formaban parte de este club, en cuyas reuniones el futuro filósofo del estado prusiano pronunció discursos sobre los principios de “libertad, igualdad, fraternidad”. Varias veces miembros de esa asociación tuvieron encuentros hostiles con *émigrés*, aristócratas franceses refugiados en Alemania. Frente al local del club los estudiantes izaron la bandera tricolor de la Francia revolucionaria, y el día de la toma de la Bastilla fue celebrado con ceremonias especiales. Un día Hegel y Schelling plantaron en la ciudad de Tübingen un “árbol de la libertad”, en homenaje a la revolución francesa.<sup>14</sup> Unicamente la intervención de las autoridades eclesiásticas —dice el biógrafo Haym— pudieron moderar el ardor de estos juegos revolucionarios en el recinto del convento.<sup>15</sup>

Otro biógrafo del filósofo —Kuno Fischer— nos cuenta que en sus dedicatorias de álbum de esta época Hegel no se cansó de escribir “*Vive la liberté!*”, “*Vive Jean-Jacques!*” y “*In tyrannos!*” Este entusiasmo —dice Rudolf Haym— no fue más que “una ebriedad estudiantil”, que se evaporó muy pronto. No soy de esta opinión, porque una simple “ebriedad estudiantil” no hubiese dejado rasgos tan profundos, todavía visibles en los cursos de filosofía de la historia, que el profesor Hegel dictó tres y cuatro décadas más tarde (de 1822 a 1831) en una universidad reaccionaria.

En cuanto a los orígenes de la Revolución francesa, Hegel los vio en la filosofía de la Ilustración y en Rousseau, sin mencionar que este *último* combatía las ideas de la Ilustración. A pesar de ser *él mismo opuesto* a la filosofía de la Ilustración, Hegel la considera con cierta simpatía en su Filosofía de la Historia. Era esto todavía un residuo de su juventud. No olvidemos la afirmación de Schelling de que toda la filosofía de Hegel se explica en virtud de aquellas primeras influencias de la “*Aufklärung*”, la filosofía de la Ilustración.<sup>16</sup> Esta última, escribe Hegel, ha proclamado el reino absoluto del entendimiento.<sup>17</sup> Como se sabe, Hegel no consideró el entendi-

<sup>14</sup> BIEDERMANN, *Deutschlands geistige, sittliche und gesellige Zustände im achtzehnten Jahrhundert*, Leipzig, 1880.

<sup>15</sup> R. HAYM, *Hegel und seine Zeit*, Berlin, 1857, p. 32.

<sup>16</sup> SCHELLING, *Sämtliche Werke*, II, I, S. 583.

<sup>17</sup> G. W. F. HEGEL, *Philosophie der Weltgeschichte*, Lasson, t. IX, pág. 916.



miento (*Verstand*) como el instrumento legítimo de la filosofía, sino la razón (*Vernunft*). El entendimiento, dice, permanece abstracto y mantiene las oposiciones y contradicciones entre los conceptos. Por el contrario, la razón es la facultad de los conceptos concretos, que supera las contradicciones entre tesis y antítesis y las hace idénticas. Por eso el entendimiento permanece hostil a la religión, que, según Hegel, tiene “un contenido especulativo racional”.

A pesar de reprochar a la filosofía de la Ilustración haber establecido el reino del entendimiento absoluto, Hegel reconoce sus méritos, porque gracias a ella “el Estado se ha convertido en una entidad pensante”. Mientras que antes el derecho y los principios de la ética nos eran impuestos desde afuera, como mandamientos divinos, la filosofía de la Ilustración los basó en el entendimiento. “Si la filosofía de la Ilustración no ha avanzado hasta el contenido objetivo de la razón, no obstante, ha elevado el pensamiento sobre el trono del universo”, dice Hegel. Es la Ilustración la que ha realizado la victoria de los principios universales sobre los intereses particulares. “Es esta idea de los principios universales la que se afirmó en el seno de la nación francesa y provocó la revolución”.

Según Hegel, el libre albedrío es el principio mismo del espíritu, y es gracias a él que el hombre es hombre. En la revolución francesa este libre albedrío ha sido reconocido como la substancia y el verdadero fundamento de todo derecho. “En su pureza, esta voluntad es tan universal como el pensamiento. En Francia este principio ha sido establecido por Rousseau. El hombre es voluntad y es libre solamente en tanto que desea lo que sea su voluntad”.<sup>18</sup>

Hegel reconoce que los principios de Rousseau han influenciado el pensamiento alemán y que se encuentran especialmente en la filosofía práctica de Kant, que caracteriza de la manera siguiente: el hombre no debe desear otra cosa que su libertad, debe cumplir con su deber por el deber y someterse a la ley por respeto a esta ley. Pero mientras este principio permaneció pura teoría entre los alemanes, los franceses trataron de realizarlo prácticamente.

Analizando la situación político-económica de la Francia del “*ancien régime*”, Hegel reconoce los abusos de la aristocracia y la explotación de las masas populares. “Pero de repente la idea del derecho se hizo patente y frente a ella el viejo armazón de la injusticia no pudo resistir más. Es sobre la idea del derecho que se erigió una constitución y es este fundamento del derecho que, en adelante, tenía que servir de base a todo. Desde que el sol está

<sup>18</sup> *Ibid.*, IX, págs. 920, 921.



en el firmamento y que los planetas giran alrededor de él, no se había visto tal cosa, que el hombre se base en la cabeza, es decir en el pensamiento, y que construya la realidad a la imagen de éste. Anaxágoras ha sido el primero en proclamar que el νοῦς domina el universo. Sin embargo, solamente en aquel momento (de la revolución francesa) el hombre reconoció que el pensamiento debe gobernar la realidad espiritual. Fue, pues, un maravilloso amanecer, y todos los seres pensantes celebraron esta época con el pueblo francés. Una emoción sublime reinó en el mundo y un entusiasmo del espíritu hizo vibrar el universo, como si se hubiese realizado una reconciliación del mundo divino con el mundo terrestre”.<sup>19</sup>

Este admirable homenaje que el maduro Hegel rindió a la revolución francesa demuestra claramente que esta “emoción sublime” (“*erhabene Rührung*”) y aquel “entusiasmo del espíritu” (“*Enthusiasmus des Geistes*”) de los cuales habla, más que una “ebriedad estudiantil”, fueron un sentimiento profundo que animaba todavía el alma del quincuagenario. Al hablar de la revolución francesa su lenguaje tan árido se insufla de poesía, como en el magnífico pasaje que acabamos de traducir. Uno tiene la impresión de un amor reprimido por la revolución francesa, llama de su propia juventud revolucionaria, desmentida más tarde, pero que caldea bajo las frías cenizas de su absolutismo político.

Sin embargo, mientras Fichte sacó todas las consecuencias prácticas de su entusiasmo por la revolución francesa, tratando de demostrar, en centenares de páginas, la necesidad de aplicar los principios de 1789 en Alemania también,\* Hegel usó de toda su elocuencia para probar lo *contrario*. Examinando las razones por las cuales estos principios no pasaban de ser pura teoría en Alemania, en tanto los franceses los ponían en práctica mediante su gran revolución, Hegel contesta primeramente diciendo que los franceses “*ont la tête près du bonnet*” (usando esta expresión popular en francés), que son “*Hitzköpfe*” o cabezas calientes, hombres de temperamento. Pero añade que el hecho de que los alemanes se abstuvieran de toda actividad revolucionaria tiene también “razones más profundas”. Los alemanes, dice, *no necesitaban* hacer una revolución, porque siendo un pueblo protestante, están reconciliados con la realidad. “Sólo los protestantes pudieron llegar a una reconciliación con la

<sup>19</sup> *Ibid.*, IX, p. 926.

\* Véase J. G. FICHTE, *Beiträge zur Berichtigung der Urteile des Publikums über die französische Revolution, 1793, y Zurückforderung der Denkfreiheit von den Fürsten Europas...*



realidad jurídica y moral, porque esta realidad es el mundo protestante mismo, . . . fuente de toda justicia, . . . tanto en el dominio del derecho privado como en el del derecho constitucional. . . ”<sup>20</sup>

El filósofo del Estado prusiano —porque es él que habla aquí de nuevo— trata después de demostrar que una revolución es posible tan sólo en un país católico y latino. “Con la religión católica una constitución razonable es imposible. . . pero donde reina la libertad de la iglesia protestante, hay calma. Porque con la reforma los protestantes ya han realizado su revolución”.<sup>21</sup>

Una vez más Hegel trata de demostrar que “lo que es real, es razonable”. Y como en la época cuando, bajo la dominación de Napoleón, dirigió el periódico bávaro *Bamberger Zeitung*, en perfecto acuerdo con las intenciones de las autoridades imperiales francesas, ahora, como filósofo del Estado prusiano, Hegel demuestra con igual fervor lo que corresponde a los deseos de los poderes del día: a saber, la monarquía absoluta prusiana y la iglesia protestante de estado.

El fin supremo y el resultado de la evolución histórica es, según Hegel, el mundo *cristiano alemán*, destinado a perdurar como la realización del espíritu absoluto, en completa unidad y entero acuerdo consigo mismo, con su carácter totalmente desarrollado como espíritu concreto. Hegel alabó la unidad racional de la Iglesia Luterana del Estado prusiano y declaró que la base de la nación alemana era la filosofía. Porque fue gracias a la filosofía que la libertad había podido alcanzar su verdadero fin: el de la completa autoconsciencia y del entero autoreconocimiento del Espíritu, en que consiste la verdadera existencia. Consecuentemente, sólo los alemanes —y los alemanes protestantes— tienen verdadera existencia.

Frente a tales “demostraciones” serviles uno comprende la amarga ironía de Schopenhauer que —señalando especialmente a Hegel, a quien detestó— afirmó que la filosofía alemana de su época no quiso ser otra cosa que “una transcripción de la religión del estado respectivo”.

Es una de las ironías de la historia que este mismo Hegel que hizo todo para complacer a las autoridades conservadoras de su tiempo, que fue uno de los pilares ideológicos de la “Santa Alianza” y de sus ideas de “estabilidad y legitimidad”, sea considerado hoy día —con Marx y Engels— como uno de los padres espirituales del materialismo dialéctico y del comunismo internacional. El prestigio

<sup>20</sup> G. W. F. HEGEL, *Philosophie der Weltgeschichte*, Lasson, IX, p. 923.

<sup>21</sup> *Ibid.*, IX, pág. 928.



de Hegel en la Unión Soviética es enorme. Durante la gran controversia que hubo en aquel país entre los materialistas mecanicistas encabezados por el físico Timiriázew y los materialistas estrictamente dialécticos dirigidos por Deborín, se planteó la pregunta: ¿La tesis de quien está en mejor acuerdo con la enseñanza auténtica de Marx y Engels? Si los dialécticos vencieron a los mecanicistas fue mediante el argumento de que Marx y Engels se habían basado en Hegel, que habían aconsejado a otros de hacer lo mismo, y que ellos y Lenin habían rechazado el materialismo mecanicista.

Sin embargo, tenemos que preguntar: ¿Es el marxismo un hijo legítimo de Hegel? No hay la menor duda que si Hegel viviera, negaría su paternidad de la manera más enérgica. Ya hemos dado bastantes pruebas de su conservadorismo político. En cuanto a la economía, Hegel no fue menos conservador. Fue un abogado convencido del capitalismo y se opuso enérgicamente a la idea de una distribución igualitaria de la riqueza. En su *Filosofía del derecho* Hegel escribió lo siguiente sobre este asunto: “Siempre que la riqueza depende de la diligencia, la igualdad en la distribución de los bienes, una vez introducida, sería muy pronto perturbada. Lo que no puede ser llevado a cabo, no debe ser intentado... Es falsa la afirmación que la propiedad de cada cual debe ser igual a la de cualquier otro, desde el punto de vista de la justicia. De hecho, entre personas diferentemente dotadas, la *desigualdad* debe reinar. La igualdad sería falsa...”<sup>22</sup>

Difícilmente puede imaginarse una declaración más decidida contra toda clase de socialismo y comunismo. Además, Hegel fue un pensador teísta, que consideró el cristianismo como la religión de la “verdad absoluta”. Insistía en que el estado se base en la religión, porque la obediencia al príncipe y a la ley está ligada a la reverencia por Dios.

¿No parece extraño que un pensador tan conservador se vea ahora ligado ideológicamente a un sistema radicalmente opuesto a la monarquía, que considera la propiedad como un robo (“*la propriété c’est le vol*”, dijo el socialista francés Proudhon) y que condena la religión como “opio para el pueblo”?

No obstante, esta paternidad es legítima. A veces los niños no se parecen a sus padres y, a pesar de esto, son sangre de su sangre. Esta corriente de sangre común al hegelianismo y al marxismo es la *dialéctica*, como método de investigación, especialmente en la

<sup>22</sup> HEGEL, *Philosophie des Rechts*, S. 49.



historia, pero también en la naturaleza. Resulta que la filosofía de Hegel fue conservadora y aún reaccionaria tan sólo en su *contenido*, pero extremadamente revolucionaria en su método dialéctico, mediante el cual el cambio perpetuo se reveló como la ley del universo.

Es bien conocido que para Hegel la filosofía era movimiento de ideas o *dialéctica*, un sistema de conceptos concretos donde cada cual de ellos engendra su contrario y se reúne con él en una síntesis que se transforma en la tesis de otra antítesis, y así sucesivamente.

Se trata, pues, de una *triada* de tesis, antítesis y síntesis. Este movimiento dialéctico de las ideas, estimulado por la contradicción y que procede de la tesis a la antítesis para resultar en una síntesis de las dos, refleja un proceso correspondiente que ocurre en la realidad empírica. Es secundario el hecho de que para Hegel la realidad absoluta fuera ideal, mientras que para Marx y Engels era material. Lo esencial es que Marx y Engels adoptaron la dialéctica triádica de Hegel, aplicándola a la historia, a la economía política y a las ciencias naturales. De este modo la dialéctica triádica hegeliana se transformó en la base de toda ciencia y toda filosofía en la Unión Soviética y demás países comunistas.

Como su antepasado espiritual Heráclito, Hegel estaba convencido de que sin contrarios no habría ni vida, ni movimiento. Mientras que en la lógica tradicional, formal, aristotélica, la contradicción se considera como antilógica, la lógica dialéctica de Hegel considera la contradicción como un elemento indispensable a todo movimiento lógico, como el estímulo básico para el avance del pensamiento. La contradicción entre la tesis y la antítesis no debe ser aniquilada, sino superada, "*aufgehoben*", en la síntesis de un concepto más rico, que las abarca a ambas, sin contradicción. El participio "*aufgehoben*" del infinitivo alemán "*aufheben*" tiene el triple significado de *negado*, *conservado* y *elevado* a un nivel superior, y la lógica dialéctica usa estos tres significados.

Es bien conocida la demostración hegeliana que el concepto del ser engendra con necesidad lógica su concepto opuesto, el no-ser o la nada, y cómo la tesis del ser y la antítesis de la nada se rúnen en la síntesis del *devenir*. En este concepto sintético del devenir el ser y la nada son "*aufgehoben*" en el sentido de *negado*, (porque el devenir no es ni ser, ni no-ser); en el sentido de *conservado* (porque el devenir es ambos, ser y no-ser, es el movimiento del no-ser al ser); y en el sentido de *elevado* a un nivel superior, porque el devenir es productivo.



Al interpretar el proceso del universo, inclusive el de la historia, como tal movimiento dialéctico de la tesis a la antítesis y a la síntesis, que se convierte en la tesis de otra antítesis, el conservador Hegel creó un sistema extremadamente *dinámico*, que es lo *contrario* del conservadorismo. Hegel hubiese debido darse cuenta de que según su propia dialéctica todo lo que existía en su época, inclusive la monarquía prusiana, el capitalismo y el protestantismo, vivía a corto plazo y tenía que desaparecer en el curso del tiempo para ceder su lugar a nuevas ideas, más racionales. Es ésta una consecuencia que Hegel rehusó admitir explícitamente, pero en la cual los “*Junghegelianer*” o jóvenes hegelianos izquierdistas —especialmente Marx y Engels— insistieron con vigor.

Aplicando el método dialéctico hegeliano a la historia económica, los marxistas pudieron demostrar que la producción capitalista, caracterizada por la propiedad privada de los medios de producción, engendra, con necesidad lógica, su contrario, la miseria proletaria. Marx habla de “una acumulación de la miseria que corresponde a la acumulación del capital”.<sup>23</sup> Y esta miseria proletaria se convierte en el germen de una nueva sociedad que aparece en las entrañas de la vieja, primero en la forma de un nuevo ideal: el de una sociedad socialista o comunista, como resolución de la contradicción entre la producción colectiva y el beneficio individual que caracteriza el capitalismo, mediante el establecimiento de la *propiedad* colectiva, correspondiente a la *producción* colectiva de la industria moderna.

Así, la tesis y la antítesis se fusionan en la síntesis del comunismo, donde las características de la clase capitalista y las de la clase proletaria son *aufgehoben*, en el triple sentido de negadas, conservadas y elevadas. Porque en la síntesis del comunismo la tesis de la propiedad capitalista de los medios de producción y su antítesis, la situación de la clase proletaria, son negadas, es decir abolidas por la revolución, pero también conservadas y elevadas: el capitalismo está conservado en la forma de capitalismo de estado, y la situación de la clase proletaria está conservada en una sociedad de no-propietarios de medios de producción. Y ambas entidades son elevadas a un nivel superior, desde la esfera individual a la esfera colectiva social.

En Rusia y China la historia siguió este esquema de la lógica dialéctica hegeliana, con resultados que el mismo Hegel hubiese consi-

---

<sup>23</sup> K. MARX, *Das Kapital*, I, 689.



derado con horror, sin poder negar que el esquema fuera el de su propia lógica. Como verdadero dialéctico, el conservador Hegel tuvo que engendrar en sí mismo su antítesis, el revolucionario, y unirse con él en la síntesis del “conservador revolucionario” que representa en la historia de las ideas.